



IMAGEN Y PROPAGANDA: EL FASCISMO ITALIANO EN LA PRENSA VASCA (1931-1936)

José María Tápiz
Universidad de Kansai Gaidai

1. Introducción

Durante los años treinta, con el desarrollo de los medios de comunicación de masas, toma auge una nueva herramienta informativa: la prensa diaria. El aumento de la población alfabetizada y el creciente interés de la sociedad por las cuestiones políticas llevarán tanto a la “mayoría de edad” de la prensa como a su creciente politización, especialmente durante el periodo de la II República española. A este respecto, el caso vasco se presenta como paradigmático: tenía unos índices de alfabetización superiores a la media estatal (de Pablo, S. 1995) y el grado de su polarización política hacía que, de hecho, sólo un diario de los más de veinte que se editaban en el País Vasco pudiera ser calificado como independiente: *El Noticiero Bilbaino*. Los demás tenían una filiación política clara o, cuando menos, no oculta. Muchos de ellos eran, incluso, instrumentos de captación de lectores “medianamente politizados”, reacios a una adscripción total a una determinada idea política pero tampoco totalmente independientes: los casos de *La Gaceta del Norte* (de tendencia católico-derechista) y de *La Tarde* (de carácter nacionalista vasco) o de *El Liberal* (de ideología republicano-socialista, y que era el más leído del País Vasco), son varios de esos ejemplos.

Aparte de los “editoriales” de los respectivos diarios¹, también las imágenes y dibujos aparecidos en los mismos pretendían llamar la atención sobre determinados acontecimientos políticos o sociales. En el caso que nos ocupa vamos a analizar la trayectoria italiana de los años treinta, que sirve tanto como ejemplo del progresivo enrarecimiento de la política internacional como de las nacionales de los distintos estados europeos, y que llevaron a la Guerra Mundial. A este respecto, se presentan viñetas de los periódicos *La Lucha de Clases*, el portavoz socialista en el País Vasco; el diario *Euzkadi*, órgano oficial del Partido Nacionalista Vasco; *La Gaceta del Norte*, de tendencia católica, como se apuntaba antes, y *Euskadi Roja*, la voz del Partido Comunista del País Vasco.

Dada la claridad de ideas que transmiten las imágenes, hemos optado por no hacer especiales comentarios de las viñetas en sí para proceder a analizar con cierta amplitud el contexto en el que se desarrollaron, con un análisis tanto de la circunstancia que originó la aparición del dibujo como de sus antecedentes políticos o

¹ El concepto de “editorial” como lo entendemos ahora no existía en los años treinta: hacía sus veces uno o varios artículos, generalmente en primera plana, encargados a alguna pluma colaboradora habitual del periódico. De hecho podía haber más de uno. Y encargados a varias personas, en ocasiones discrepantes en determinadas cuestiones. Por lo que no se puede hablar estrictamente de “línea editorial”.



sociales si la imagen así lo requería. La posición del periódico ante el tema analizado se desprende por sí sola.

Para entender tanto el transcurso de la política internacional e italiana como las viñetas que esta política originó hemos considerado interesante analizar con cierta amplitud determinados acontecimientos. Estos son: los antecedentes de la aparición del fascismo en Italia, el fracaso de la Sociedad de Naciones como instrumento internacional de arbitraje y la agresión japonesa sobre Manchuria. Para hacer más inteligible la explicación de los acontecimientos se ponen éstos en orden cronológico, enlazándolos.

2. El fascismo italiano: su llegada al poder

Italia era, a principios del siglo XX, un país joven, con apenas treinta años de existencia, sin tradición democrática. Muchas de sus formaciones políticas eran “de notables”². Los únicos grandes partidos eran los socialistas y los liberales, concebidos como agrupaciones de masas. Los partidos católicos no existían oficialmente, por la prohibición papal de intervenir en política tras la anexión de los Estados Pontificios en 1871 como parte integrante de Italia, problema que se solucionó con la creación del *Partito Popolari*, animado por la jerarquía eclesiástica y de carácter oficiosamente católico.

Italia participó en la I Guerra Mundial confiada en las promesas aliadas de grandes reivindicaciones territoriales³, que luego se vieron fuertemente cercenadas por la aparición de Estados Unidos en la conflagración y la posterior victoria de las tesis de Wilson de respeto a las nacionalidades⁴. De esa forma Italia se sintió defraudada por la Entente⁵. Y provocó en los italianos un sentimiento de recelo hacia las democracias occidentales⁶. Fue el único país “victorioso” que no celebró el primer aniversario del final de la guerra (Procacci, G. 2001).

² Hasta 1919 no se abrió Italia a la realidad del sufragio universal masculino. La victoria fue para socialistas y *popolari* (Tusell, J. 2001).

³ El Tratado de Londres, firmado en 1915, concedía a Italia, de ganar la guerra, los territorios de: Trentino; el Tirol meridional, Trieste, Istria y una parte de Dalmacia con casi todas las islas adyacentes. Además quedarían desmilitarizadas todas las zonas no italianas de Adriático. Y se exigiría la neutralidad de Albania y el control de su política exterior por parte del Estado italiano (Zorgbide, Ch. 1997).

⁴ Hay que recordar que Wilson, el presidente norteamericano, no se sentía atado por los acuerdos secretos anteriores o firmados durante la conflagración mundial. Y presionó para que las exigencias italianas no fueran tenidas en consideración (Procacci, G. 2001), a pesar de la excelente relación personal que mantenía hasta el momento con el *premier* Orlando. Sobre las negociaciones que cercenaron de manera sensible las peticiones italianas del tratado de Londres, véase Zorgbide Ch. (1997: 385-390).

⁵ Finalmente ni siquiera recibió las antiguas colonias alemanas de Africa, lo que se unió al desencanto por las escasas ventajas territoriales en Europa (Bertaux, P. 1974).

⁶ La guerra le había costado a Italia 600.000 muertos, aparte de numerosas destrucciones materiales, pues parte de las acciones bélicas se desarrollaron en su territorio. Pero sobre todo trajo un gran quebranto económico posteriormente, con la paz, aparte de crisis social (Procacci, G. 2001). Aunque estaba muy lejos de haber sufrido tanto como Francia, que había perdido a 1.400.000 de soldados, concretamente dos de cada diez que tomaron las armas: un 10% de su población activa (Tusell, J. 2001).



Fue en ese caldo de cultivo postbélico en el que apareció la figura de Mussolini. Para 1919 el partido fascista italiano era un grupúsculo de poca importancia, con cierta fuerza en el norte del país, especialmente en la zona de Bolonia, también de importante presencia socialista. El primer fascismo podía considerarse un partido de izquierdas, pero nacionalista⁷, que consiguió encauzar en su provecho varios de los espectros del subconsciente italiano, a saber: el miedo a la revolución social, encarnado en los socialistas italianos y su política de ocupación de tierras al norte; el resquemor por el “engaño” aliado de 1918, el descontento endémico de las clases medias proletarizadas como resultas de la crisis económica que siguió a la guerra mundial y el resentimiento de la clase militar italiana, vilipendiada, principalmente por las izquierdas. Y que vieron en los fascistas los únicos que los defendían en público de los ataques verbales –y a veces físicos- de otros partidos⁸.

Como resultas de esta situación, los enfrentamientos violentos de las escuadras fascistas con las izquierdas eran vistos por la gente “de orden” como una defensa contra la revolución. La fuerza pública no se apresuraba a detenerlos, pues los veían como un aliado más frente a la “marea revolucionaria”. Y los partidos liberales italianos eran vistos como demasiado “intelectuales” y elitistas como para suscitar entusiasmo entre la desideologizada población italiana de la época, y donde hasta 1913 sólo el 23% de los italianos cumplía los requisitos exigidos para votar.

El temor a la revolución social era seguramente infundado en la Italia de los años veinte⁹, pero los hechos demostraban que cada vez había un mayor número de huelgas¹⁰ y que las ocupaciones de tierras, especialmente en el norte, se sucedían¹¹. Además, en 1920, los sindicatos ocuparon durante un breve período de tiempo las fábricas de la zona industrial del país, como medida de presión para satisfacer sus objetivos laborales. Fue este el momento clave de la ascensión del fascismo italiano: en Bolonia se multiplicaron los desórdenes con estos motivos –entre socialistas y antisocialistas- de resultas de los cuales el principal beneficiado fue el partido de

⁷ Los primeros fascistas eran –como el propio Mussolini- de procedencia socialista, aunque “heterodoxos”, en el sentido de que defendían la participación italiana en la Gran Guerra de manera pública (Parker, R.A.C. 1978). De hecho, el gran triunfo del fascismo italiano pudo ser dar respuesta a un “problema social” (el temor a la revolución por una parte sensible de los italianos) junto con un “problema nacional” (el desengaño de 1918), ambos muy agudos (Crouzet, M. 1973).

⁸ La readaptación de la oficialidad militar (y civiles asociados a ella desde ese momento) fue muy traumática, no sólo en Italia, sino en toda Europa: el regreso a una vida mediocre, cuando no amarga, a pesar de haber tenido posición y respetabilidad durante la guerra, causó muchos problemas tanto a ellos mismos como a las personas que les rodeaban, (Vinen, R. 2002) y fueron a veces carne de aventuras “redentoras”, como la ocupación del Fiume por el poeta italiano Gabriele D’Annunzio, al frente de un grupo de seguidores.

⁹ Mientras que el socialismo italiano predicaba la revolución con su retórica, en realidad no hizo nada para prepararla ni previó ninguna medida concreta para tomar el poder (Tusell, J. 2001). Por otra parte, una delegación de socialistas italianos que había sido invitada oficialmente a la Unión Soviética en 1920 no ahorró calificativos negativos ante lo que había podido ver (Procacci, G. 2001), por lo que no cabía hablar de “peligro rojo”, al menos en términos de realidad política.

¹⁰ En 1914 las huelgas habían sido 781, frente a unas dos mil en 1920. Además, en un buen número de casos se saldaban con violencia y una trágica secuela de muertes: sólo entre 1919 y 1929 más de trescientos trabajadores habían fallecido como resultado de las mismas (Parker, R.A.C 1978).

¹¹ Además de ocupación de tierras, en el norte y el centro del país estallaron violentos tumultos a causa del hambre en el Piamonte. Hay que pensar que la inflación se había disparado en Italia tras la guerra, llegando a límites insostenibles: índice 591 sobre 100 respecto a 1913, con efectos devastadores sobre salarios, pensiones y ahorros (Briggs, A-Clavin, P. 2000).



Mussolini¹². El fascio pasó, en un solo año (1920-1921), de 20.000 afiliados a un cuarto de millón. Con ese espectacular crecimiento, las escuadras fascistas se encontraban ya con fuerzas para enfrentarse físicamente a los socialistas. La violencia del partido de Mussolini era tolerada por las autoridades policiales.

Las elecciones generales de 1921 dejaron a Italia convertida en un rompecabezas político: ninguna mayoría era posible sin contar con los fascistas, que con 35 diputados quedaron convertidos en partido “bisagra”, y que se “dejaron querer”, mientras hablaban de posibles coaliciones antisocialistas¹³. En esta situación, para 1922 el otrora pequeño partido mussoliniano se veía con fuerza para intentar alcanzar el poder: suponiendo que el ejército no se enfrentaría a él abiertamente, protagonizó la célebre “Marcha sobre Roma”. El Rey ordenó en un principio defender la capital¹⁴. Pero antes de que hubiera lucha, aceptó que Mussolini formara gobierno.

¿Por qué? Sencillamente porque los fascistas, en principio y hasta ese momento no habían rechazado el régimen parlamentario, al contrario que los socialistas, que negaban su colaboración con el gobierno liberal. Además, durante el año anterior y a lo largo de la “marcha” –en la que no participó personalmente- Mussolini había ido transmitiendo mensajes conciliadores hacia los elementos conservadores clave en la sociedad italiana (Tusell, 2001). En cuanto a los *popolari*, imponían demasiadas condiciones para participar en el ejecutivo. Además, se contaba con que la entrada de los fascistas en el gobierno sirviera para encauzar definitivamente a aquéllos por la senda parlamentaria. Por último, al igual que a Alemania de Weimar en sus últimos años, era imposible ninguna mayoría que excluyera a los fascistas. A ello hay que unir la debilidad del sistema político italiano: entre 1917 y 1922 hubo siete gabinetes y cinco primeros ministros: la duración media de los gobiernos había sido inferior al año (Díez Torre, A. 1999).

Mussolini llegó al poder en un momento clave: durante la recuperación económica italiana posterior a la guerra, al igual que ocurrió con Hitler una década más tarde. Sin embargo, la economía italiana de los años veinte no estuvo exenta de crisis y de problemas, lo que da una idea de su debilidad respecto a las de otras de países circundantes.

¹² El acontecimiento que disparó la popularidad del fascio fue un altercado en Bolonia, en 1920, justo tras la citada ocupación de fábricas: la toma de posesión de la nueva corporación boloñesa, mayoritariamente socialista, y que degeneró en tiroteos a resultas del cual murió uno de los concejales antisocialistas. Este hecho hizo crecer el temor al socialismo en toda la región y la gente comenzó a acudir en masa a afiliarse al partido de Mussolini (Parker, R.A.C.1978).

¹³ Retórica sin fundamento real, puesto que los socialistas habían quedado anulados políticamente en esas elecciones debido a la escisión provocada por la aparición del Partido Comunista Italiano. Por otra parte, los *popolari* estaban en crisis, en abierta discordia los sectores más conservadores y el ala “izquierda” del partido, más preocupada por las cuestiones sociales (Procacci, G. 2001).

¹⁴ La famosa “Marcha sobre Roma”, considerada por muchos historiadores como una bufonada política (26.000 hombres mal armados frente a una fuerza de 28.000 soldados que guardaba la capital) consiguió su objetivo debido a la situación de punto muerto a la que se había llegado y a los recelos entre los distintos partidos; no a causa de la fuerza del fascio (Tusell, J. 2001).



3. La economía fascista

En la imagen que se presenta a continuación se parodia, desde el diario portavoz del Partido Socialista del País Vasco (*La Lucha de Clases*), unas declaraciones de mayo de 1934 de Mussolini sobre el resultado de la política económica fascista. Según el diario, no eran más que la manifestación de la incapacidad del sistema político vigente en Italia de organizar una economía en beneficio de sus ciudadanos.

La viñeta, acertada en buena parte, sin embargo, merecería una larga explicación. En primer lugar habría que decir que, si bien con sus peculiaridades, la política económica fascista no se diferenció sustancialmente de las que se habían llevado los gobiernos liberales anteriores (Procacci, G. 2001). Incluso similar a la de gobiernos contemporáneos y liberales de su entorno. Así, por ejemplo, la llamada “batalla de la lira”, es decir, los ajustes económicos que organizó el gobierno fascista para conseguir una moneda fuerte, y que debía alcanzar una paridad del 90% respecto de la libra inglesa no fue otra cosa que la continuidad de ejemplo inglés de años anteriores (Parker, R.A.C., 1978) y el temor italiano a una devaluación monetaria como la alemana de 1924. En cuanto a la “batalla del trigo”, que consistía en alcanzar la autarquía alimentaria (y que se consiguió después de una década de apoyos estatales) ya había sido incoada anteriormente a través de medidas parciales destinadas a aumentar la producción de cereal.

Una vez dicho esto, es evidente que la economía fascista tuvo una serie de peculiaridades que la diferenciaron, en parte, de las llevadas a cabo por otros países de su entorno, aunque no tanto cada una de las medidas concretas como la conjunción de todas ellas bajo un mismo régimen, en un proceso económico en el que convergieron otros países dictatoriales: el desarrollo de las infraestructuras públicas, la autarquía económica, la restricción a la emigración de los italianos y la política pronatalista serían varios de estos ejemplos.

El desarrollo de las obras públicas no fue, en ningún caso, un hecho que se diera sólo en Italia: en las mismas fechas o en etapas anteriores otros gobiernos habían actuado de la misma manera: recuérdense los casos de Primo de Rivera en España en la década de los veinte o de la Alemania de Hitler en los años treinta. En los Estados Unidos hubo una política de infraestructuras también similar durante la crisis mundial, que estaba diseñada para crear empleo, pero que también aceleró aún más la modernización del país (Brogan, H. 1999). En el caso italiano lo llamativo fue su intensidad: tras la Unión Soviética, fue la nación, por delante incluso de Alemania, en que un mayor porcentaje sus actividades económicas quedaron controladas por el estado (Procacci, G. 2001). Ahora bien: el precio que Italia hubo de pagar fue, ciertamente, el anunciado en la viñeta: hubo una disminución acusada de la capacidad adquisitiva y recortes salariales de la población, especialmente en el norte industrial: esta disminución de la riqueza individual fue percibida ya por los analistas políticos y





económicos contemporáneos de otros países¹⁵. En compensación, el paro en Italia afectó a menos personas que en otros países de condiciones socioeconómicas similares a las suyas: el empleo directo e indirecto generado por la intervención estatal ayudó a mitigar el desempleo¹⁶. Se podría decir, por tanto, que Italia “sufrió menos” los efectos de la crisis económica que, por ejemplo, países como EE.UU., con un alto nivel de vida de partida antes de la crisis y en donde la depresión sumió a muchísima gente en unas condiciones de vida miserables, alcanzando el desempleo cotas inimaginables: un 25% de los norteamericanos estaba en paro en 1933 y el índice de natalidad cayó un 10% en relación a 1926; en Alemania se llegaba a los seis millones de desocupados y el estado de guerrilla urbana era endémico, mientras que la tasa de suicidios germana duplicaba a la de los EE.UU. (Procaccci, G. 2001).

Sin embargo, como también saltaba a la vista, no se podía asegurar que la realidad italiana fuese, en conjunto, mejor que la de otros países occidentales de su entorno: Italia “sufrió menos”, en parte, por la sencilla razón de que estaba “acostumbrada a sufrir”. El mismo Mussolini confesaba en 1929 que los adultos italianos consumían una media diaria de 200 calorías menos que las necesarias, siendo por tanto uno de los países de Europa con mayores carestías alimentarias (Seldes, G. 1935). Ni siquiera la “batalla del trigo”, que se dio por concluida en 1932, aplacó el hambre de la población italiana, por más que, a niveles macroeconómicos, y siempre teóricamente, Italia estaría a partir de ese año en disposición de alimentar al doble de sus habitantes. Ese mismo año, el profesor Botazzi, fisiólogo y miembro de la Academia Nacional Fascista, publicaba en un estudio que muchos italianos no comían lo suficiente para saciar su hambre¹⁷.

La “batalla del trigo” no fue sino una más, aunque quizá la más importante, de las “batallas” emprendidas por la propaganda fascista encaminadas a conseguir el mayor grado de autarquía posible. En palabras del Duce, estaba orientada a “liberar al pueblo italiano de la esclavitud del pan extranjero”¹⁸. No fue el único país que la llevó a cabo, como se ha dicho más arriba: de hecho, muchos de los regímenes dictatoriales (e imperialistas) de la época se empeñaron en políticas autárquicas similares: el caso alemán sería el más acabado, también en cuanto a eficacia. En Italia, empero, la autarquía no sirvió para evitar grandes males económicos cuando hubo necesidad de vivir de ella, como en el caso de la guerra de Abisinia. Incluso ya durante su aplicación, dicha política de autoabastecimiento provocó retrasos económicos de importancia en el caso fascista: la “batalla del trigo” retrasó la modernización de otros sectores económicos, puesto que restó brazos y dinero a otras actividades en las que el país empezaba a despuntar. Como consecuencia, a principios de los años treinta casi la mitad de la población de Italia seguía empleada en la agricultura sin que ello se

¹⁵ “Between June, 1927, and December, 1928, the wages of industrial workers have gone down by about 20 per cent, and a further reduction of 10 per cent was made in 1929; during 1930 there has been a general reduction, varying for the different categories of workers from 18 to 25 per cent” (Seldes, G., 1935: 284).

¹⁶ “The main reason why unemployment in Italy is relatively more moderate than in any of the other industrial or semi-industrial countries is that a large percentage of the unemployed have received employment as a direct or indirect result of public works carried out under the auspices of the Government” (Eizing, P. 1933: 47-48).

¹⁷ Cit. por Seldes, G. (1935: 286).

¹⁸ Cit. por Seldes, G. (1935: 356).



tradujera en una modernización del agro, al primarse cultivos de supervivencia (Procacci, G. 2001).

En resumen: ciertamente el desarrollo económico se había producido, y como tal era percibido tanto dentro como fuera de Italia: durante los años veinte (y hasta 1929), acaparados casi en exclusiva por la dictadura fascista (a efectos temporales) la industria había crecido a buen ritmo, superior al francés pero inferior al alemán, inglés o norteamericano. La ocupación obrera, sin embargo, no crecía sustancialmente y el consumo quedaba por debajo de la media europea. Como ya se ha comentado, la mitad de la población seguía anclada en la agricultura. Continuaban los desequilibrios regionales y el país se encontraba con el agravante de que su excedente de población no podía emigrar, como consecuencias de las sucesivas “leyes de cuotas” de los países americanos. En el caso de EE.UU., la Ley sobre Inmigración de 1924 redujo drásticamente el número de entradas en el país, cuando tan sólo una década antes había permitido el ingreso, en un solo año –1914- de más de un cuarto de millón de italianos, amén de un contingente casi similar de polacos: las entradas de inmigrantes ese año en EE.UU. habían sido de un millón doscientas mil personas (Brogan, H. 1999).

El excedente de población ni podía salir, ni el gobierno fascista deseaba que saliera (Vinen, R. 2002): durante el gobierno de Mussolini hubo una decidida política pronatalista, por más que estuviera basada en mayor medida en la penalización del no tener hijos que el de los acicates económicos. Sin embargo, y aunque de hecho no consiguiera sus objetivos (la natalidad italiana descendió como consecuencia de la crisis), sí arroja ciertas luces sobre la idea de Mussolini de que una Italia fuerte pasaba por ser una Italia poblada. La política pro natalista italiana no tenía, sin embargo, la misma idea de partida que la francesa, por ejemplo: Francia era un país que había sufrido una dura sangría durante la guerra europea: además no podía cubrir sus necesidades económicas sin población foránea. El caso italiano era diferente, similar al de países como la Alemania nazi o la Unión Soviética: potencial demográfico equivalía, a la larga, a potencial militar, por más que la coyuntura económica del momento no lo reclamara o incluso pareciera contraproducente¹⁹.

Con todo, fue evidente que la industria y la economía italiana se desarrollaron durante la etapa fascista: la cuestión es saber si el intervencionismo económico de Mussolini fue un acicate o una rémora en el desarrollo del país: para determinados contemporáneos nada hacía indicar que el fascismo fuera, en Italia, un motor económico más poderoso que el tradicional *laissez-faire* de los países circundantes (Einzig, P. 1933). La misma “batalla del trigo” mencionada antes, y que consiguió sus mejores incrementos en 1932, largamente alabados por el gobierno, fueron sin embargo inferiores proporcionalmente (aunque no en producción total) a los de las republicanas Francia y España (Seldes, G. 1935), no empeñadas en ninguna política estatal agrícola de tales dimensiones.

¹⁹ A este respecto, en la Unión Soviética, al tiempo que se ilegalizaba el aborto en 1936 tras casi dos décadas de vigencia del mismo (Vinen, R. 2002), el gobierno debía requisar por la fuerza cosechas para dar de comer a su población que moría literalmente de hambre en los años treinta, con medidas tan drásticas como el fusilamiento de quienes se resistían a entregar el grano (Stites, R. 1999). De hecho, las políticas pronatalistas fueron bastante corrientes en toda Europa durante los años treinta, independientemente del signo político de los gobiernos concretos (Vinen, R. 2002) por más que las motivaciones de cada cual pudieran ser divergentes.

4. El intento de control de la sociedad

En el presente chiste, aparecido en el diario *Euzkadi*, en septiembre de 1935, y con evidente chispa, el autor del chiste (Saralegui, conocido como “Sagi”) pone en boca del niño una realidad –parcial- de la situación de la sociedad italiana del momento.

La exaltación del líder es uno de los rasgos básicos de cualquier régimen autoritario, del signo que sea. El caso italiano no fue una excepción. Más aún: fue uno de los ejemplos más tempranos, junto con el del régimen soviético, en un momento en el que la cultura de masas (y por tanto los medios de comunicación) comenzaban a tener ya una considerable importancia en la formación de la opinión pública.



-¿Y tú, niño, qué quieres ser?

-¿Yo? Italiano.

-¡Hombre! ¿Eres fascista?

-Ca, no, señor. Es que dice papá que allí hasta los niños están con el “duce” en la boca.

En el caso de Mussolini, periodista y maestro, dicha realidad no escapaba a su intuición. Junto con el culto al líder, desarrolló un amplio abanico de acciones –de todo tipo- destinadas a conseguir el control de la sociedad italiana. Organizó el Partido Fascista como una organización política de masas, con sus organizaciones paralelas, controló el ámbito laboral vaciando de contenido a los sindicatos tradicionales en beneficio de organizaciones de nuevo cuño y depuró las asociaciones profesionales más conflictivas: algunas de las medidas para realizarlo fueron: ley sobre asociaciones (1925), dirigida principalmente contra la masonería y colateralmente contra la libertad de prensa, que quedó proscrita totalmente al año siguiente; leyes (también en 1925) sobre atribuciones y prerrogativas del Jefe de gobierno, que quedaba equiparado en poderes al Rey, Víctor Manuel III; nuevas organizaciones sindicales, de “colaboración” entre clases y dirigidas “por probados fascistas”; Carta del Trabajo (1927) por la que quedaban supeditados los intereses de grupo al desarrollo económico de la nación; Creación de la O.V.R.A. (*Opera Volontaria Repressione Antifascista*, la policía secreta) el mismo año; Lista Unica Electoral (1928) y leyes sobre la intervención estatal en la economía (1932), especialmente en su relación con el campo militar.

Toda esta “cascada legislativa” debía estar destinada a organizar un férreo control de la sociedad. De hecho, ocurrió el fenómeno contrario: fue la sociedad civil la que absorbió al partido fascista: la masiva afiliación que registró en cuanto accedió al poder²⁰, especialmente llamativo en las regiones del sur, limitó (cuando no anuló) la actividad de la organización política: de hecho, el régimen funcionaba con las mismas estructuras que existían en el país antes de 1922 (Vinen, R. 2002). El intento de

²⁰ El Partido Fascista pasó, en un solo año, de 300.000 afiliados en el momento de su llegada al poder, a 800.000 miembros en 1923 (Vinen, R. 2002).



erradicación de la mafia resultó un fiasco; los comunistas y socialistas, miembros de una comunidad antes que de un partido, se adaptaron sin demasiados problemas a la nueva situación gracias a las relaciones de solidaridad y de parentesco, sobre todo en las poblaciones de pequeño y mediano tamaño. Incluso los comunistas se aprovecharon de organizaciones fascistas destinadas a controlar el tiempo libre para organizar debates de carácter político (Vinen, R. 2002). En definitiva, “el régimen fascista (...) tuvo sólo una influencia superficial en la sociedad italiana (...). Eran muy diferentes, en cambio, sus imitadores alemanes del Partido Obrero Nacionalisocialista...” (Howard, M. 1999: 185). Esa fue una de las principales diferencias entre los regímenes de ambos países: ciertamente, el caso italiano era el de un estado-policía, pero estuvo lejos de ser semejante al de la Alemania de Hitler. Por la cárceles fascistas pasaron cerca de 5.000 personas entre 1927 y 1943, pero las personas “pasivas” no fueron, en principio, molestadas (Parker, R.A.C. 1978).

El caso más claro de las limitaciones del fascismo italiano respecto a la sociedad “civil” que tenía enfrente fueron sus relaciones con la Iglesia católica. Al igual que Hitler años después, Mussolini intentó conseguir, cuando menos, la neutralidad eclesiástica respecto a su régimen: a este respecto, el golpe de efecto de los “Pactos de Letrán”, en 1929, fue fundamental: con ellos quedaba resuelto el contencioso con el Vaticano después de cincuenta años de tortuosas relaciones con la Iglesia. Sin embargo, cuando Mussolini intentó desarticular las juventudes de Acción Católica en beneficio de los “balillas” fascistas el conflicto enfrentó al Vaticano con el Fascio durante buena parte del año 1931: Mussolini se vio obligado a hacer concesiones puesto que varios miembros de peso del partido fascista lo abandonaron, disgustados; el prestigio adquirido tres años antes con los acuerdos lateranenses quedaba dañado a nivel internacional y finalmente Pío XI publicó una encíclica (*Non abbiamo bisogno*) en contra del fascismo. El compromiso se alcanzó en septiembre del mismo año, cuando Mussolini permitió la continuidad (cuando menos teórica) de las Juventudes de Acción Católica italiana, sin bien reducida al ámbito parroquial y sin proyección “externa”. Distinto fue el caso nazi, años más tarde, en el que con una actuación parecida a la fascista Hitler consiguió doblegar la posible resistencia tanto de la Iglesia católica como de las confesiones protestantes (Gallego, F. 2001).

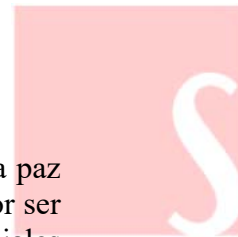
5. Rumbo a la guerra: el fracaso de la Sociedad de Naciones

5.1. El caso de Manchuria y su repercusión

La viñeta que viene a colación, aparecida en *La Gaceta del Norte* en marzo de 1932, ahora nos sirve para introducir otro de los temas a tratar: la Guerra de Etiopía, vista desde uno de sus antecedentes inmediatos (la invasión japonesa de Manchuria) por la repercusión que tuvo en el desarrollo de dicho conflicto.

La ocupación de Abisinia supuso la “muerte diplomática” de la Sociedad de





Naciones, auspiciada a finales de la Gran Guerra como instrumento garante de la paz mundial. Sobre el particular de su creación y desarrollo no se va a incidir aquí, por ser un hecho conocido. Baste decir que el agravamiento de las crisis políticas mundiales en la década de los treinta desbordó a la Sociedad: en el caso italiano el resquemor contra la SDN venía de lejos, por numerosos motivos: en 1923 había tenido que enfrentarse a ella por el incidente de Corfú, que se analiza más abajo. Entonces, la SDN consiguió detener las ambiciones italianas. En 1935 fue incapaz de hacerlo. El punto de inflexión fue el conflicto manchuriano.

La población de Japón en los años treinta crecía a un ritmo de un millón de habitantes al año, lo que obligaba a dar salida, de alguna manera, a un excedente poblacional que veía limitadas sus posibilidades de emigración fuera de Asia²¹. Su economía estaba atada a la de los Estados Unidos, país al que dirigía la mayor parte de sus exportaciones²². La crisis económica de 1929 dislocó la economía japonesa, ya dañada por una serie de acontecimientos como la carestía del arroz o la quiebra de bancos nipones en los años veinte. En ese contexto se produjo la invasión de la provincia china de Manchuria, con el objetivo de procurarse materias primas esenciales para su industria y de garantizar futuras exportaciones, que ya suponían el 20% del total de las ventas japonesas en el extranjero.

La situación en Asia era complicada para Gran Bretaña, con fuerte presencia en la zona a través de las concesiones territoriales chinas y de la cercanía de la India: en primer lugar, Japón era miembro de primera hora de la Sociedad de Naciones. Y en segundo lugar, Inglaterra temía al expansionismo japonés. Gran Bretaña controlaba, de hecho, la Sociedad. Y todos los estados miembros de la misma lo sabían. La SDN debía actuar contra Japón por la invasión de Manchuria, pero los intereses británicos en Extremo Oriente podían quedar en peligro si Japón se sentía disgustado. Hay que recordar que el imperialismo japonés del momento venía empujado por importantes condicionantes económicos: como un medio más de salir de la crisis en la que estaba sumido²³. Una acción demasiado expeditiva de la Sociedad de Naciones podía lanzar al país nipón a acciones de mayor envergadura y comprometer seriamente posesiones clave del Imperio Británico. En un momento en el que Gran Bretaña era ya consciente de su pérdida de influencia en la zona²⁴. Y en realidad, Inglaterra no se sentía en la

²¹ A este respecto hay que recordar que la Ley de Emigración de Estados Unidos de 1924 había venido precedida de otras, de carácter más racista que restrictivo, destinadas a impedir la emigración japonesa a dicho país, especialmente a California, en donde a principios del siglo XX residían ya 24.000 nipones, mientras que en Hawai vivían por las mismas fechas ya más de 60.000 japoneses. Estos hechos provocaron una serie de leyes discriminatorias en el campo de la educación en California (Hane, M. 2003), así como la creación de la Liga de Exclusión Asiática.

²² Estas exportaciones hacia EE.UU. suponían más del 40% del total antes de la crisis de 1929 (Parker, R.A.C. 1978).

²³ De hecho, la conquista de Manchuria dio un vuelco a las proporciones de las exportaciones japonesas: Entre 1929 y 1938 aquéllas pasaron de ser un 24% a suponer el 55% del total (Procacci, G. 2001).

²⁴ El Tratado de Washington, de limitación del tonelaje de guerra, suponía por parte de Gran Bretaña la aceptación tácita de que EE.UU. podía llegar a tener una armada similar a la suya (Zorgbide, Ch. 1997). La pérdida de poder británica no era sólo en Asia: el fin de la Guerra Mundial había supuesto, asimismo, el principio de la decadencia del poderío inglés: su imperio empezaba ya a generar unos gastos de atención y protección que superaban los beneficios que ofrecía. En cuanto al poder financiero ocurría otro tanto: si antes de la Primera Guerra Mundial Gran Bretaña era “el banquero del mundo”, tras la contienda ese papel pasó a ser asumido por los Estados Unidos (Briggs, A-Clavin, P. 2000).



década de los años treinta capaz de enfrentarse a Japón en una guerra marítima en Asia²⁵, por lo que debía defender sus intereses territoriales en China y la India mediante la conciliación y la diplomacia.

El aliado natural de Gran Bretaña era Estados Unidos, que ya en la guerra de 1914 había demostrado su potencial militar decidiendo la conflagración a favor de los aliados. Además, los EE.UU. habían tomado el relevo inglés en cuanto a intereses y fuerza en la zona del Pacífico. Sin embargo, la política estadounidense del momento consistía, frente al caso nipón, y al contrario que Gran Bretaña, en el enfrentamiento soterrado: América hacía tiempo que mantenía una actitud beligerante contra la política japonesa en Asia²⁶, y presionaba a Gran Bretaña para que tomara también medidas contra el país nipón. El problema, por tanto, no tenía solución: Inglaterra necesitaba a los EE.UU. contra los japoneses y los Estados Unidos, al tiempo, presionaban a Inglaterra para que detuviera el expansionismo japonés.

La disyuntiva se saldó por parte de Gran Bretaña con la decisión de “quemar” la Sociedad de Naciones: no serían los ingleses los que tomarían medidas, sino el organismo internacional, que tras el envío de comisionados a la zona emitió un informe desfavorable, por lo que se instó a Japón para que abandonara Manchuria y evacuara China²⁷. Pero al mismo tiempo Gran Bretaña hizo llegar a Japón la idea clara que que la resolución de la Sociedad de Naciones era obra de dicha organización y no de Inglaterra (Parker, R.A.C. 1978). Japón decidió abandonar la Sociedad en marzo de 1933, pero la SDN no aplicó sanciones al país nipón. Y finalmente los Estados Unidos tampoco. Este fracaso vino acompañado de otro poco después: la Alemania de Hitler decide, en octubre del mismo año, abandonar también la Sociedad de Naciones como protesta frente al Tratado de Versalles de 1919, que impedía rearmarse a los alemanes. La actitud del nuevo régimen germano hizo estallar, a su vez, la conferencia de desarme (Procacci, G. 2001), todavía en curso, encargada de buscar un punto de encuentro ante el problema de una posible escalada de armamentos²⁸.

²⁵ La flota de guerra japonesa se convirtió entre 1930 y 1941 en la segunda del mundo, sólo por detrás de la británica (Arasa, D. 2001).

²⁶ Como ejemplos más destacados pueden recordarse: el creciente interés de los EE.UU. por una China unida y fuerte, ya desde la época del presidente Wilson; las presiones estadounidenses frente a Gran Bretaña en 1921 para que no renovara el tratado anglojaponés de 1902 (que había dado el pretexto a los nipones para entrar en la I Guerra Mundial); la Ley de Cuotas de 1924, que prohibía la emigración japonesa a los Estados Unidos; los intentos de revisión del tratado de Versalles en lo referente a la administración japonesa de las islas del Pacífico (las Marianas, a excepción de Guam, las Carolinas y las Palaos); la competencia de la Banca Morgan a las inversiones japonesas en Manchuria; la Conferencia de Washington, que colocaba el tonelaje de la marina de guerra japonesa por debajo de la británica y estadounidense y el Tratado de las Nueve Potencias, que garantizaba –teóricamente– la integridad territorial de China, limitando la expansión japonesa en dicha área (Para más información, ver Zorgbide, Ch., 1997: 398; 527-528; 425; Procacci, G. 2001: 142).

²⁷ La comisión enviada por la SDN pudo constatar sobre el terreno los efectos brutales de la ocupación: internamiento de chinos en campos de concentración, desplazamientos de población autóctona en favor de los nuevos colonos japoneses... Pero a pesar de todo, la sociedad “congeló” el informe durante cuatro meses, de manera deliberada, para no disgustar a Japón y darle tiempo de reaccionar modificando su postura. Además, en el informe final se aludía de manera imprecisa a “los derechos e intereses particulares de Japón en Manchuria”, proponiendo convertir al territorio en una región autónoma, bajo soberanía china pero control japonés. Eso no evitó el abandono del país nipón de la SDN (Zorgbide, Ch. 1997; Procacci, G. 2001).

²⁸ La Conferencia de Desarme había sido planteada y aprobada en Locarno en 1925, pero hasta 1932 no pudo reunirse, después de numerosos problemas diplomáticos y técnicos. Impulsada por la SDN



Todos estos hechos anularon la capacidad de persuasión de la Sociedad, puesto que se reveló como un instrumento inútil para hacer frente a una situación de pulso político por parte de un país decidido a hacerlo. Este país, a continuación de Japón, fue Italia, con su política de agresión hacia Etiopía, en 1935.

5.2. Los antecedentes italianos

Ante la guerra de Abisinia, uno cabe preguntarse qué pudo llevar a Mussolini a agredir a dicho país. A primera vista parece evidente la respuesta: un estado militarista como la Italia fascista no precisa de demasiadas razones para emprender tal acción.

Sin embargo, las cosas no parecen tan sencillas: ciertamente en la retórica fascista hay un componente de militarismo evidente, y consustancial al movimiento. Pero también es cierto que el fascismo “nace” como ideología cuando conquista el poder en Italia: antes no era más que un conjunto de declaraciones de su líder sin un verdadero *corpus* doctrinal: en buena medida el fascismo “se hizo” durante su gobierno.

No cabe olvidar al mismo tiempo, que el fascismo italiano nació en parte como rechazo al “desplante” aliado a Italia tras la Gran Guerra. Las demandas presentadas en el Tratado de Londres y no cumplidas llevaron a la aparición en escena de Mussolini a lomos de su partido fascista. Sin embargo, Italia no era una nación agresiva. Salvo en el Piamonte, no hubo anteriormente una tradición militar. Y tampoco había una tradición de sujeción al Estado, demasiado reciente y que, en etapas anteriores a la unificación, los italianos (cada cual en su país de origen) habían rechazado también siempre (Hearder, H-Waley, D.P. 1966).

¿Qué acontecimientos hicieron de Italia una nación “belicosa” o, cuando menos, interesada en obtener réditos de una posible influencia colonial? A este respecto hay varias posibles respuestas: en primer lugar, poco después de la unificación italiana ya se plantea la primera intervención de envergadura, precisamente en Abisinia, que resultó un completo fracaso: el ejército italiano fue batido en Adua en 1896 por los abisinios, armados con material inglés.

La posterior intervención en Libia y su conquista en 1911 sí que parece, sin embargo, estar en el origen del –débil– militarismo italiano anterior a la Gran Guerra (Hearder, H-Waley, D.P. 1966). En cuanto a ésta, salvo en algunas personalidades como el mismo Mussolini, D’Annunzio y determinadas élites intelectuales, no pareció influir en el desarrollo de un sentimiento belicista por parte italiana, más bien al contrario: gran parte de los italianos renegaba de la Guerra del 14.

Sin embargo, una vez en el poder, Mussolini emprendió una serie de acciones destinadas a probar el poder militar italiano. El primero de ellos fue el incidente de

se inició en febrero de 1932 y se prolongó hasta octubre de 1933. En ella se pretendían conciliar las aspiraciones alemanas con las francesas, principalmente. Las dos tesis eran: desarme igualitario, según el modelo alemán, o prioridad de la seguridad nacional, por parte francesa (Neila, J.L 1999). Tras la llegada de Hitler al poder en pleno desarrollo de la Conferencia, ésta perdió totalmente su sentido.



Corfú, en 1923, un año después de su llegada al poder²⁹. En dicha ocasión finalmente debió abandonar la isla tras una seria advertencia de la Sociedad de Naciones. Sin embargo, a pesar de que económicamente la acción sobre la isla fue absolutamente contraproducente respecto a las indemnizaciones pedidas³⁰, el prestigio italiano (o el temor) aumentó en el área balcánica.

Durante la década de los años veinte, sin embargo, y en virtud de clima de estabilidad que reinó en Europa, Mussolini se vio impedido para realizar acciones políticas de fuerza. Es más: seguramente debió resignarse, al menos en teoría, a vivir en un mundo cada vez más estable. A cambio sustituyó su belicismo inicial por continuas –y a veces contradictorias– intervenciones en la arena diplomática, destinadas a intentar convertirse en figura destacada de la política europea.

De su participación en conferencias y tratados internacionales, empero, el dictador italiano aprendió varias cosas: la más importante, que el orden europeo tenía unas bases ciertamente inestables. El Tratado de Versalles –y los subsiguientes derivados de él– habían cerrado en falso numerosas heridas. En segundo lugar, que ninguna acción militar podía llevarse a cabo sin la, por lo menos, “indiferencia” de las grandes potencias europeas, a saber, Francia e Inglaterra. Y la tercera, que la única manera de incrementar su prestigio internacional sin depender en exceso de la voluntad de los “grandes” de Europa pasaba necesariamente por su rearme militar. De hecho, Italia fue uno de los países que antes se apresuró a modernizar su ejército (Vinen, R. 2002): esto influyó positivamente para Italia en la Guerra de Abisinia, que analizaremos más tarde, pero supuso un inconveniente en las posteriores aventuras militares italianas, como la participación en la Guerra de España (con el desastre de Guadalajara como ejemplo más conocido) y, finalmente, durante la Segunda Guerra Mundial, en la que ya participó con un armamento ciertamente obsoleto: Italia se había rearmado “demasiado pronto”.

A este respecto, el interés original de Mussolini (y en parte de Italia) durante los años veinte no pasaba tanto por la adquisición de colonias en Africa como en la formación de una zona de influencia en los Balcanes y Austria³¹. A este respecto, y principalmente en la zona balcánica, los intereses italianos eran anteriores a la llegada del fascismo: Mussolini no hizo sino recoger las reivindicaciones italianas sobre las costas del Adriático, presentes en el Tratado de Londres de 1915 y por el cual Italia había compartido suerte de armas con Gran Bretaña y Francia.

Sin embargo, la política de alianzas posterior a la Gran Guerra condicionaba seriamente ese deseo de Mussolini de conseguir dicha zona de influencia: la

²⁹ El incidente de Corfú se produjo tras el asesinato del general italiano Tellini, que participaba en una comisión fronteriza en Albania, de autoría poco clara pero en la que se involucró a Grecia: Mussolini exigió unas reparaciones desorbitadas y humillantes para el estado griego y la negativa de éste a satisfacer totalmente las exigencias italianas desencadenó el incidente. La armada italiana bombardeó y ocupó la isla griega de Corfú, sin ninguna resistencia y provocando casi únicamente víctimas civiles, entre ellos dieciséis niños. La propaganda fascista presentó el hecho como una gran victoria política.

³⁰ A este respecto, la expedición naval italiana le costó a las arcas fascistas 288 millones de liras para cobrar una indemnización de sólo 50 millones (Seldes, G. 1935).

³¹ Concretamente, el interés italiano estaba centrado en Yugoslavia, Albania y Grecia (Header, H.-Waley, D.P. 1966): a lo largo del mandato de Mussolini (incluyendo la II Guerra Mundial), Italia intervino militarmente en dichas zonas, con resultados ciertamente adversos en los casos griego y yugoslavo.

existencia de la Pequeña Entente, liderada por Francia e integrada por Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía, el apoyo polaco igualmente a Francia, limitaba, de hecho, la influencia italiana a Bulgaria, Hungría y a los nacionalistas austriacos, siempre temerosos de una fagocitación alemana.

La política exterior italiana estuvo lejos de ser clara, limitándose a actuar en los escasos huecos que le dejaban tanto las grandes potencias como el sistema de alianzas que de ellas se desprendía. No fue otra cosa que un “César zigzagueante” (Seldes, G. 1935) o un “*condottiere* político (Roberts, J. 1980)” Sin embargo, y con el transcurso del tiempo, sí se puede constatar un “desplazamiento al sur” de los intereses políticos italianos. El momento decisivo fue la entrada en la política internacional de la Alemania hitleriana. Por más que Mussolini, en un primer momento, desconfiara claramente del dictador alemán, por las posibilidades de una anexión de Austria, finalmente debió ser consciente de que el espacio político en Europa le estaba vedado: así, en 1934 Mussolini se atrevió a desafiar a Alemania enviando sus tropas a la frontera para garantizar la independencia austriaca, pero se vio incapaz de repetirlo en 1938 (Briggs, A-Clavin, P. 2000). Se puede decir que, de hecho, la influencia italiana quedaba, en Europa (y desde el final de la I Guerra Mundial), limitada con precisión a Albania, en donde tras la posterior a la guerra “el país vivió bajo la tutela económica de Italia y (...) siguió las inspiraciones políticas de Roma” (Voltes, P. 1999:137).



5.3. La invasión de Etiopía

En la presente “historieta”³² del semanario comunista vasco (*Euskadi Roja*), publicada en diciembre de 1935, dos meses después del comienzo de las hostilidades, aparece una de las poquísimas imágenes “en secuencia” de la prensa vasca de los años treinta. En ella se manifiesta además de la ironía ante la aventura italiana de la guerra, el deseo (no realizado) de la derrota de Mussolini. Por más que la última de las imágenes fuese verdad con el transcurso de los años, tras la entrada de Italia en la II Guerra Mundial.

³² La transcripción del texto que aparece en las viñetas es el siguiente:

- “Todos los caminos conducen a Roma... Y algunos parten de Roma”
- “No hay que dar al César lo que no es del César”
- “Los viajes fascistas “educan” a la juventud”
- “No hay que vender la piel del león de Judá antes de haberlo matado”
- “Los pequeños hacendados hacen los grandes ríos ... en los que uno se puede ahogar.



Vistas las limitaciones de una posible influencia italiana en la Europa central y balcánica, analizadas justo hace un momento, la intervención en Etiopía parecía, a primera vista, ofrecer claras ventajas: en primer lugar se saldaba una “revancha histórica”, lavando la derrota de Adua de 1896. Por otra parte, la anexión de Abisinia permitía conectar las colonias italianas de Eritrea y Somalia, creando una gran “Africa del Este” italiana (Smith, D.M. 1982), capaz de hacer sombra a la presencia inglesa. Y por otro lado, permitiría, en la mente de Mussolini, alojar al excedente de población italiana: se llegó a dar la cifra de diez millones de posibles colonos. A este respecto conviene recordar que la zona a conquistar era mucho más fértil que las colonias italianas fronterizas (Kinder, H-Hilgemann, W. 1999).

La decisión de ir a la guerra estaba tomada desde 1932 (Smith, D. M. 1982). El *Duce* sólo tuvo que esperar a algún *casus belli*. Este se presentó en 1934, como consecuencia de un oscuro incidente fronterizo que Italia aprovechó para magnificar, al igual que ocurrió en el incidente de Corfú. Mussolini, ya antes de cualquier posible arreglo pacífico, empezó a mandar ingentes cantidades de material bélico a la zona. Asimismo consiguió el “desinterés” de Francia en inmiscuirse en la operación de conquista.

La invasión de Etiopía comenzó en octubre de 1935 y se prolongó durante algo más de seis meses. La Sociedad de Naciones no pudo hacer nada puesto que ya estaban otros grandes intereses europeos en juego: Italia podía ser aún un aliado frente a la Alemania hitleriana, que se veía ya como un elemento perturbador y peligroso de la política europea. La Sociedad, controlada por Inglaterra, y ésta presionada por su propia opinión pública, decidió aplicar unas débiles sanciones económicas que tuvieron consecuencias contraproducentes: por una parte descubrieron que la política italiana de autarquía había resultado ser bastante más débil de lo que parecía a primera vista, pues el incompleto bloqueo dañó seriamente a su economía, lo que irritó al dictador italiano. Y después, la burla del bloqueo impuesto por la SDN por parte de Alemania –que suministró a Mussolini muchas de las materias primas que las sanciones económicas le negaban- acercó políticamente a ambas dictaduras. Para acabar de poner más en evidencia a la SDN, ésta levantó las sanciones económicas tan sólo dos meses después del fin oficial de la guerra.

Por lo demás, la ocupación de Abisinia no resolvió ni los problemas económicos que arrastraba Italia (la conquista y ocupación aumentó las deudas del gobierno) ni la cuestión del excedente poblacional: tan sólo había 100.000 italianos en las colonias en 1938 (Roberts, J.M. 1980).

6. Conclusiones

A modo de conclusión nos parece especialmente acertado incluir una última viñeta, aparecida en el periódico nacionalista vasco *Euzkadi* en abril de 1935, puesto que refleja muy bien la realidad posterior a la invasión de Etiopía y sus perversas consecuencias en el orden internacional: para 1936 estaba claro que el posible estallido de un conflicto bélico en Europa era sólo cuestión de tiempo. El fracaso de la SDN en la resolución de los grandes problemas de los años treinta, así como la suspensión *sine die* de la Conferencia de desarme a partir de 1935, hizo que, desde ese momento, todos los países europeos importantes iniciaran su rearme: Inglaterra lo

comenzó con la creación de la Royal Air Force (RAF), considerada por entonces como “arma ofensiva” (Kinder, H-Hilgemann, W. 1999) y por tanto contraria al espíritu de la fracasada conferencia. Francia propuso el aumento del periodo del servicio militar, al tiempo que acababa en 1936 su “Línea Maginot”, de carácter defensivo. De todos, el más ambicioso fue, sin duda, el alemán.

Como se puede comprobar por lo dicho anteriormente, en poco más de cinco años (1931-1935) se había sufrido en Europa: el fracaso de una conferencia de desarme, la retirada de Japón y Alemania de la SDN, la invasión y ocupación de Etiopía y la definitiva ocupación de Manchuria por parte japonesa con la creación de un gobierno títere.

A ello habría que añadir, al año siguiente, la remilitarización de Renania, que resultó ser clave en el rearme alemán, al poner en manos hitlerianas todo el potencial bélico de la industria pesada renana, y el estallido de la misma Guerra de España, tan solo dos meses después del levantamiento de las sanciones a Italia por la guerra de Abisinia: un panorama diametralmente opuesto al de los últimos años de la década de los veinte, durante los cuales se había vivido bajo la ilusión de una paz duradera en el marco de unas relaciones internacionales estables. Los años treinta eran vistos por la opinión pública europea como una repetición de los prolegómenos de la guerra del 14 (Procacci, G. 2001), a tenor de los problemas planteados y de los actores políticos involucrados: el tiempo habría de darle la razón.



Fuentes y bibliografía

Fuentes primarias

- El Liberal* (1931-1936)
- Euskadi Roja* (1935-1936)
- Euzkadi* (1931-1936)
- La Gaceta del Norte* (1931-1936)
- La Lucha de Clases* (1934-1936)

Bibliografía

- Arasa, D. (2001). *Los españoles en la Guerra del Pacífico*. Ed. Laia Libros. Barcelona.
- Bertaux, P. (1974). *Africa. Desde la prehistoria hasta los Estados actuales*. Siglo XXI de España Editores. Madrid.



- Briggs, A-Clavin, P. (2000). *Historia Contemporánea de Europa. 1789-1989*. Ed. Crítica. Barcelona.
- Brogan, H. (1999). “Estados Unidos, 1900-1945”, en Howard, M-W. Roger Louis (eds.). *Historia Oxford del Siglo XX*. Ed. Planeta. Barcelona.
- Crouzet, M. (1973). *Historia Universal de las Civilizaciones. Vol. VII. La época contemporánea*. Eds. Destino. Barcelona.
- Eizing, P. (1933). *Economic Foundations of Fascism*. Londres.
- Gallego, F. (2001). *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*. Plaza & Janés. Madrid.
- Hane, M. (2003). *Breve Historia de Japón*. Alianza Editorial. Madrid.
- Header, H.-Waley, D.P. (1966). *Breve Historia de Italia*. Austral. Madrid.
- Howard, M. (1999). “Europa en la era de las dos guerras mundiales”. En Howard, M-W. Roger Louis (eds.). *Historia Oxford del Siglo XX*. Ed. Planeta. Barcelona.
- Kinder, H-Hilgemann, W. (1999). *Atlas Histórico Mundial. Vol. 2*. Eds. Istmo. Madrid.
- Neila, J.L (1999). “La sociedad internacional en el período de entreguerras”. En Paredes, J. (Coord). *Historia Universal Contemporánea. Vol. II*. Ariel Historia. Barcelona.
- Pablo, S. de. (1995). *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*. Papeles de Zabalanda. Bilbao.
- Parker, R.A.C. (1978). *El siglo XX. Europa, 1918-1945*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- Procacci G. (2001). *Historia General del siglo XX*. Ed. Crítica. Barcelona.
- Roberts, J.M. (1980). *Europa desde 1880 hasta 1945*. Aguilar Ediciones. Madrid.
- Saiz Valdivielso, A. (1977). *Triunfo y tragedia del periodismo vasco*. Editora Nacional. Madrid.
- Seldes, G. (1935). *Sawdust Caesar*. Nueva York, 1935.
- Smith, D.M.. (1982). *Mussolini. A Biography*. Alfred. A. Knopf. Edtns. Nueva York.
- Stites, R. (1999). “El imperio ruso y la Unión Soviética, 1900-1945.” En Howard, M-W. Roger Lous (Eds.). *Historia Oxford del Siglo XXI*. Ed. Planeta. Barcelona.
- Tusell, J. (2001). *Una breve historia del siglo XX*. Espasa Calpe. Madrid.
- Vinen, R. (2002). *Europa en fragmentos. Historia del Viejo Continente en el siglo XX*. Eds. Península. Barcelona.
- Voltes, P. (1999). *Historia de los Balcanes*. Espasa Bolsillo. Madrid.
- Zorgbide, Ch. (1997). *Historia de las relaciones internacionales. Vol. 2*. Alianza Universidad. Madrid.